pero despojadas siempre de su lado más próspero. Por eso las supersticiones nos convierten en proximidad de pájaros. Una infusión de iglesias soleadas, un humo erigido con candor de método intentarán en vano atenuar el alcance de nuestra significación. Ya de sobra sabemos que nuestra esencia será siempre nuestro más dócil animal, aquel que toma al punto el color del ojo que le mira, y que así está dispuesto para hacer nuestra angustia más conforme a ciertas leyes. Pues bien si las leyes se concilian por rivalidad contra la vida, por qué los dientes ordenados en idéntica batalla, carecen aún de la fuerza regular de un código? He aquí la injusticia que nos arroja hoy en pos del universo con las encías ardientes como montañas desencadenadas, como montañas descosidas por el pasto de los corderos pseudoeternos.

Están ocurriendo días que nuestra sangre por mucho que nos palpa ya no nos reconoce. Gira a velocidad tan distinta a la de nuestras frentes que toda noción puede considerarse perdida. Un confuso torbellino traslada al infinito el punto matemático donde nuestras vísceras se juntan. Ya no se sabe dónde está lo alto, ni lo bajo, ni el dolor, ni siquiera el vértigo a que asirse. Ya no se sabe cuál de los dos labios es el superior y como tal obedecido, cuál debe ser comparado al alba, cuál al poniente. Nuestra entraña es devorada en disputa por mares y celajes. Pero el sol, que pasa indiferente a nuestra cuita, resbala de pronto en las cáscaras de la naranja que monda y mondará siempre nuestra risa, y cae y resbala y se incorpora y vuelve a caer, hasta que una nueva desnudez es engendrada por sus prodigiosos movimientos contra la muerte.

En adelante sólo a esa desnudez pertenecemos. Las alas siguen siéndonos contagiosas y casi siempre mortales. Ay del que cuando cielos al hombro pasan ciertas inesperadas nubes por todo cuanto de ceniza se desprendió de sien y de nuestra administración de aliento, no tome su cabeza y la doble como una campanada, ay del que no se deje olvidar al margen del camino haciéndose lo dormido de un ejército para que vayan y vengan a su sabor y se aplaquen los tiempos y las cosas! Ay del que no devuelva a la nada la imagen de sí mismo entonces cuando empieza a producirse el milagro! Por entre las junturas de los hemisferios un espa-